

VARIAS...

EN PLENA PRIMAVERA

Cuando el hombre llega a la plenitud de las ilusiones, cuando la personalidad empieza a definirse, cuando la labor puede ser útil a la sociedad, cuando el porvenir se presenta como un sendero florido, Juanito Collado y Ferrús ha muerto, a los 20 años de edad; en plena primavera de la vida.

Juanito Collado...! Ahora ante la albúrea immaculada de las cuartillas que esperan que la mano trace la oración fervorosa dictada por el dolor y escrita por la amistad, surge en el conjuro de su nombre la figura juvenil del infortunado muchacho, cuya simpatía y amabilidad florecían en la sonrisa con que recibía a cuantos a él se acercaban.

Fué una tarde calurosa del mes de Junio, cuando el deseo de charlar con el amigo guió mis pasos a los talleres litográficos, de los que era el alma. Le sorprendí atareado en dibujar una portada para «Centaurio»; bello como una sonrisa era aquel dibujo de mujer donde afanoso busca la belleza.

Charlamos mientras dibujaba y como era un entusiasta deportista, hablamos de deportes y ponía en la conversación el noble altruismo de sus ilusiones recias como un buen vino generoso. Me despidió con una sonrisa por adiós, que Juanito hablaba poco y reía mucho; su lenguaje era del corazón,

Los deportistas lloran su muerte y la afición tiene

erespones negro, que al morir Juanito Collado Ferrús perdió uno de sus más bellos florones.

Este pobre cronista que tuvo la suerte de ser amigo suyo, en nombre de «Centaurio» y en nombre de la amistad, os pide una oración para el bondadoso amigo, para el noble muchacho, para el correcto deportista que murió en plena primavera de la vida.

E. G. M.

PARA CIUDAD-REAL

Ha marchado para Ciudad-Real (Piedrabuena) doña Victoriana Martín, esposa del Fiscal de esta Audiencia, acompañada de sus hijos los abogados don Camilo y don Eustaquio González,—nuestro Redactor-Jefe, que durante su estancia en aquella capital organizará la correspondencia y remitirá informaciones amplias de los asuntos más vitales de la misma—.

MI amor...

El ciego querer me hastía;
mi mayor gozo es querer;
no es el querer mi placer...
y el querer es mi alegría...

Si quiero, vivo muriendo
y si no quiero me muero,
pero he de querer, pues quiero
vivir y morir queriendo...

Marga Barrios

Novelda, Agosto. 1924.

PÁGINA FESTIVA

Chistes, colmos y parecidos

¿En que se parece un duro a la gasolina de un aeroplano.

—En que se gasta volando.

—En que se parece un elefante a un sombrero de paja?

—En que ninguno de los dos puede subir a un árbol.

¿En que se parece un ejemplar de «La divina comedia».—obra del inmortal Dante— a uno de los cerdos que decapitaron ayer tarde en el matadero?

—En que las dos cosas tienen lomo (¿.....?)

En que se parece un elefante hermano del anterior, a la banda de música que tocó el viernes pasado en los toros?

En que los dos tienen trompa.

Autoridad en Albacete

500. JOTA O ESEE
ESEA 50 ASY 5 A 100 A

NO ES LO MISMO...

Doncella de Romanones, que Romanones de doncella.

...El tifus tiene cura, que el cura tiene tifus.

...Llevar una carta dentro de un baul, que llevar un baul dentro de una carta.

SAN-CHITO

Ha sido nombrado redactor fotográfico de esta Revista en Cartagena, el popular amateur San-Chito, de «Prensa gráfica».



**

laleo se dirigen a la fiesta.
Todos ellos al sonar de los cascabeles y al tar de la jaca blanca; lanzaban risotadas y arriando ras.

La Grallada vestida de gala con la hermosura del tiempo, sonreía satisfecha de ser una vez más res- feroceas de caballos ricamente enlazados, cargas de chubas y de flamencos... Morenas de ojazos negros, de mirada picarresca y seductora con los labios encendidos e incitantes... «Toreros y djefios de chaquetilla corta, de faja color, de desparpajo ababancioso y amigos de contar historias y mentiras».

Fabo cumpliendo un antiguo deber descargaba todo el fuego de su inferno sobre la arena del cir- co sevillano.
Los sevillanos cantaban a compás una coplilla siempre: «toros ballaban por balleras».

Sevilla envuelta en una nube de grandezza, ras- queaba sus guitarras entre manzanilla y flores. Los sevillanos cantaban a compás una coplilla siempre: «toros ballaban por balleras».

MARIO ARNOLD

En casa de la señora Angustias, Rafaelillo rodeado de amigos, vestía azaroso su traje de luces para lucirlo ante un puñado de almas que ocupaba toda la plaza, y que con estruendosas ovaciones esperaba su aparición en el ruedo aquella tarde.

Dé una faena dependía su triunfo... y de ese triunfo, se hallaba pendiente su gloria.

Una carrocera mas elegante que las anteriores conduce al torero hacia la masa inmensa y aplastante que se impacientaba.

Habia empezado la corrida.
Las manolas con el precipitado aléteo de sus pintados abanicos, fabricaban un poco de frescura que atrevida acariciaba sus mejillas sonrosadas.

—¡Olé tu mare chiquillo!...
—¡Vaya nene, que vas a dá que hasé en Sevilla!..!

—¡Yo...lé!

—Bendita zea la mare y er pare, y er cura, y tío er mundo que te jiso hombre de bien...
Rafaelillo se portaba como un valiente... Soleá, se lo comía con los ojos; no perdía un movimiento ni un detalle de cuanto hacia...

según juzgaban los más entendidos, era una cosa sobrenatural, jamás conocida bajo el traje de seda y con la inesperada aparición de un fenómeno, que gente de cuernos y de coleta estaba intrigadísima.

Aquel día había un acontecimiento taurino; la mona colorada y besaceñona; la gustaban más de un ciento de veces deo de ahumar la chimenea de los toros que el comer y por ir a la plaza, más de la señora Rosario, madre de Sotía, era una ja-

—Chiflaura...
No me haga usted rabia, que no e chiflaura...

—¿Como no, marcella, si tengo más gana e llega a la plaza, que de que nos toque el «gordo»?

—¿Como no, marcella, si tengo más gana e llega a la plaza, que de que nos toque el «gordo»?

—¿Como no, marcella, si tengo más gana e llega a la plaza, que de que nos toque el «gordo»?

—¿Como no, marcella, si tengo más gana e llega a la plaza, que de que nos toque el «gordo»?

Sevilla envuelta en una nube de grandezza, ras- queaba sus guitarras entre manzanilla y flores. Los sevillanos cantaban a compás una coplilla siempre: «toros ballaban por balleras».

MARIO ARNOLD

CAPITULO III

Lentamente murieron los días, pasaron los meses y el recuerdo de la trágica noche fué esfumándose tras ellos.

Rafael, en el hospital, recibía diariamente la visita de aquella mujer, por la que había llegado a sentir un amor inmenso.

Ella también lo amaba...
Su presencia en la sala no se hizo esperar.

Incorporóse el enfermo con más facilidad que nunca y esperó ansiosamente unas manos; aquellas manos de nieve que se escondieron después entre las suyas.

—¿Que tal estás?
Lo veía más alegre que otros días y con la sonrisa fija en los labios; por lo cual se tranquilizó.

—Hoy—le dijo—voy a haserte un regalo... Es una joya de mucho valor... Nunca quise desprende-